

§ 126.

La edad del género humano

La Sagrada Escritura no dice cuándo ha sido creado el hombre. Véase el § 101, en lo que concierne al registro de las generaciones, que, sumadas, dan una cantidad de cuatro mil a seis mil años. Al parecer, lo que interesa a los autores inspirados, no es la narración histórica precisa, sino la exposición artísticamente ordenada, con la cual persiguen fines totalmente distintos de la instrucción histórica. Ellos, además, no se constituyen en garantes de las indicaciones cronológicas, tomadas seguramente de otras fuentes. Por eso, la Teología no necesita desarrollar mucho trabajo y celo para demostrar una determinada edad del género humano. No necesita tampoco dar consejos a las ciencias naturales. Si éstas exageran, a veces, la edad del género humano, una de las razones que las mueven a hacerlo es el poder disponer de un espacio de tiempo para la presunta evolución del hombre, a partir del animal, y para la colocación de las presuntas etapas de transición, cuya existencia nadie ha podido probar hasta ahora. Conviene observar, además, que la Teología, al dejar de combatir las teorías relativas a la elevada edad del género humano, no se muestra infiel a su propia misión, sino que se mueve en la órbita que la señalan sus propias leyes. En el transcurso del tiempo aprende a emplear mejor esas leyes, prestándola ayuda los progresos de las ciencias naturales. Véase el § 101, 3. Aunque el problema relativo a la edad del género humano no tiene gran importancia en lo que se refiere a la salvación de cada uno de los hombres, su solución pone de manifiesto importantes aspectos de la historia de la Salvación y del gobierno de la Providencia. Cuanto más larga sea la prehistoria de Cristo, tanto más amplios han sido los preparativos que precedieron a su venida y tanto más destaca su importancia histórico-universal.

Hasta hoy día, la ciencia no ha podido presentar afirmaciones absolutamente seguras. Ciertamente es, en todo caso, que el hombre ha sido testigo y luchador en varios períodos glaciales; que su edad es, por consiguiente, más elevada de lo que antes se creía.

De Feuling (*Katholische Glaubenslehre*, 1937, 196 y sig.) copiamos el siguiente bien ponderado párrafo: "Es éste uno de los más difíciles proble-

mas. Ni el cálculo ni la observación científicas—en lo que concierne a la estratificación geológica de los hallazgos—ni la reflexión teológica han alcanzado hasta ahora el desarrollo que se necesita para plantear con seguridad el problema de la edad del género humano, para plantearle de tal modo que pueda deducirse una opinión segura o por lo menos probable. Todo el mundo sabe que las leyes naturales, tal como las encontramos sobre la tierra desde hace algunos siglos y milenios, se modifican frecuentemente al cambiar las condiciones y circunstancias. Esta afirmación no implica la destrucción de las leyes; el estado de cosas es el siguiente: en todas las fórmulas y cálculos va incluida como factor esencial la relación a determinadas condiciones del ser y del operar. Constatamos, por ejemplo, el tiempo de la desintegración del radio, y a base de las leyes de la desintegración ahora conocidas, deducimos los grandes espacios de tiempo en que se ha formado, por ejemplo, plomo de estas o aquellas propiedades a partir de elementos radiactivos de un superior número de orden en el sistema periódico, a condición de que durante todo ese tiempo se hayan dado idénticas condiciones de desintegración. Quizá pertenezcan al número de tales condiciones estados cósmicos de tensión, estados de distintas clases, muchos de los cuales pueden haber desaparecido entre tanto. Quizá pertenezca al número de tales condiciones la existencia de elementos superiores, que han podido dejar de existir, pero de cuya posible existencia, bajo otras condiciones, han hablado repetidas veces los físicos y químicos—la existencia de tales elementos podría ser una condición esencial de procesos de desintegración totalmente distintos de los actuales. Son éstas cosas que nosotros no conocemos, ni en general ni en particular—. Del mismo modo, de la cuantía de las precipitaciones deducimos el tiempo necesario para su realización—suponiendo siempre que las condiciones en el pasado han sido las mismas que en el presente geológico—. Es bien posible—de ninguna manera seguro—que en este sector, en un futuro más o menos lejano, la ciencia nos sorprenda con revelaciones parecidas a las que se han experimentado y se experimentan actualmente en otros sectores, principalmente en el terreno de la Física. Razón suficiente para proceder con suma cautela y para abandonar la costumbre de emitir juicios categóricos; ha sido así o así. Y ¿qué hay que decir sobre este problema desde el punto de vista teológico? Lo mismo que en lo que se refiere al cómo de la creación del hombre, la Iglesia no ha emitido decisiones doctrinales infalibles. Es muy razonable que las escuelas teológicas y las autoridades eclesiásticas mantengan las opiniones tradicionales, mientras las modernas no sean capaces de aducir pruebas seguras o, por lo menos, probables. Si la Iglesia de día en día adoptase las últimas hipótesis, cuyo número irá aumentando incesantemente, como si fuesen teorías bien demostradas, no fomentaría con ello el normal desarrollo de los conocimientos teológicos. No obstante, en lo que concierne al problema en cuestión, hace tiempo que los teólogos han comenzado a darse cuenta de las dificultades que presentan concepciones tradicionales generalmente admitidas. Las cronologías basadas sobre los datos del *Génesis* no son nada seguras; presuposición fundamental de tales cronologías sería la certidumbre de que los números relativos a los años de los patriarcas se suceden sin solución de continuidad, es decir, la seguridad de que no se han omitido mayores o menores períodos, esta o la otra serie de generaciones. Muchos exegetas y otros teólogos defienden hoy que las realidades históricas y pre-

históricas del acontecer humano exigen espacios de tiempo muy superiores a los que antes se señalaban. Nadie tiene ya un criterio seguro, nadie dispone ya de leyes fundamentales incommovibles que le permitan decir que tales y tales espacios de tiempo de la historia humana son admisibles y otros no. Muchos teólogos hablan de veinte mil, de cuarenta mil y hasta de cincuenta mil años; otros exigen cien mil años y aún más. Véase O. Spülbeck, *Der Christ und das Weltbild der moderne Naturwissenschaft*, Berlín, 1948 (habla de seiscientos mil años). F. Rüschkamp, S. J., *Zum Wandel und Werden der Menschengestalt*, en "Die Rundschau" 18, 1939. Idem, *Wie alt ist das Menschengeschlecht?*, en "Stimmen der Zeit" 133, 1937. 166-71. Idem, *Zur Art-und Rassengeschichte der Menschen*, l. c. 139, 1940, 290-309. Siguiendo a E. v. Eicksted, Rüschkamp cuenta con doscientos cincuenta mil años. Esa será la edad del *Prothanthropus Heidelbergensis*, que pertenece al más antiguo estadio.